

## “Cómo los gallos finos...”

Magdalena Aguirre Benítez.  
Diciembre 2012.

Este escrito está dirigido a mis padres, Esteban Aguirre Benítez y Julia Emilia Benítez Pineda, después de realizar el registro de proceso de estudio del cuento “Fuera del círculo de tiza” trabajado a través de la estrategia de Relación Tutora.

El cuento “Fuera del círculo de tiza” ha resultado para mí provocador de muchas emociones, elaborar el registro de proceso de estudio detonó muchos recuerdos, que es necesario escribir. He hablado mucho de ellos con el Profr. Juan Pedro Rosete Valencia, quien me tutoró por primera vez con esta estrategia creada por Gabriel Cámara Cervera y con mi gente más cercana, sin embargo, escribir permite pensar mejor como lo refería Pablo Latapí.

Entonces, inicio: Amados padres, les escribo después de mucho, pero mucho tiempo, con el corazón lleno de esperanza, quiero compartirles que, desde mayo de este año, mi vida ha tomado caminos inimaginables, siempre me he considerado afortunada, primero por tener los padres que tengo y segundo por la vida que me ha tocado vivir y regalada con un sin fin de oportunidades y de aprendizaje.

Mi trabajo siempre me ha resultado un verdadero placer, desde mis recuerdos más remotos a los cuatro años, cuando limpiaba mollejas de pollo en el local del mercado que tú madre iniciaste en una esquina en la banqueta de la casa en la Colonia Pradera, en la Delegación Gustavo A. Madero del Distrito Federal, hasta que lograste en unión con tus locatarios que construyeran el mercado, hacías todo lo necesario para organizarlos, me recuerdo mucho que eras la líder, la que defendía a capa y espada a sus compañeros, siempre de tu mano, me sujetabas tan fuerte que a veces me dolía mi mano, te acompañaba bastante seguido.

Te escuchaba hablar y me quedaba sorprendida ante tu facilidad de palabra y siempre decías “Yo no sé leer ni escribir... pero...” y agárrense que Julia Emilia Benítez Pineda estaba hablando, lo mismo te dirigías a tus clientas que al candidato en turno, o bien al Delegado o al Jefe de Departamento del Distrito Federal, en aquel entonces, más o menos a partir de 1964. A veces eras tan fuerte que me daba miedo, pero siempre desaparecías cuando te salías con la tuya, al verte radiante terminar las reuniones donde asistías.

Mi esposo dice que soy igual a ti, cuando le comparto lo que hice durante el día, me volteo a ver y sonrío diciendo “Hay, Emilia Benítez... a dónde te andas metiendo” en una mezcla de ternura, picardía y complicidad.

Te acuerdas madre cuando llegamos a Metepec, Estado de México, en 1989, sin recursos, con la única y suficiente seguridad de tener trabajo y me dijiste. “Oye, hija, te quiero preguntar algo, y no quiero que te enojés” a lo que te contesté que me dijeras con confianza lo que quisieras y me preguntaste ¿Sabes hacer bien tu trabajo?

Me quedé fría ante esa pregunta, porque yo trabajaba desde 1976 siendo maestra, en la escuela que me autorizaste adaptar en la sala, comedor y recámaras de tu casa, además de haber trabajado en la UNAM, CONALEP, escuelas de la cámara de comercio, escuelas secundarias por cooperación, entre otras instituciones, donde laboré antes de ingresar al Subsistema Educativo Estatal en la Escuela Normal de Chalco y yo suponía que dada mi trayectoria confiabas en mí.

Justamente esto te contesté y me dijiste, por eso mismo te lo pregunto, porque confío en ti. Quiero decirte madre que esa pregunta me ha servido todos estos años para vigilarme, para no dar por hecho que hago bien las cosas, para buscar y encontrar opciones de trabajo que me hagan mejor persona y profesional cada día.

Completé mi respuesta en aquella ocasión diciéndote que creía que sí, pues me había ido muy bien en mis diferentes trabajos, pero que en caso de no saber hacer algo, en referencia a mi actual reto en ese momento como auxiliar de coordinación regional, yo buscaría la manera de aprender, para hacer bien las cosas. Mi respuesta te agradó y me contestaste, eso es Magda “Cómo los gallos finos.... en la raya”, así decía tu papá, y ¿Cómo es eso? te pregunté, quería que me lo explicaras con tus palabras, lo había entendido perfecto, pero quería que me lo explicaras.

Me dijiste, los gallos corrientes en las peleas corren ante lo duro del contrario, o bien se dejan vencer al primer golpe, los gallos finos no, esos pelean hasta el final, hasta el último aliento y si mueren, mueren peleando, mueren en la raya, hija. Tú tienes que ser como los gallos finos, nunca detenerse y si crees en algo, no pares hasta lograrlo.

Vaya pareja la de ustedes, a ti papá te recuerdo con las mismas expresiones, de una forma más elegante y pausada, a diferencia de mamá que era tajante e imperativa, pero siempre respaldándola. Pocos hombres he visto que veneren a sus esposas y tú eras uno de ellos, me parece que esto pudiese asociarse con la fé que fabricaste hacia tus hijos, pues decías que nos parecíamos a ella, estabas convencido de que somos talentosos.

Confiabas mucho en mí, nunca me resolviste algo, porque sabías que podía, para ti el valor era indispensable para vivir, no lo dijiste, pero con lo que me mandabas hacer me lo dejaste clarísimo, me recuerdo los trayectos que compartimos, cuando íbamos al potrero y me trepabas en el “Mocho” tu burro inseparable, una niña citadina que todos los veranos te acompañaba en Bejucos de Colín a ordeñar o bien a visitar tu terreno, que nunca había montado a caballo, mucho menos en burro, al cual me tenía que subir sola, ¿Cómo? Sólo con tu instrucción, súbete al burro, era tal el tono con el que me hablabas, suave pero certeramente firme, que no daba lugar a algún comentario.

Recuerdo como si fuera hoy mismo, el olor del burro al acercarme a revisarlo, para ingeniármelas y treparme, sabías que el “Mocho” era manso, varias veces me lo dijiste, “no pateas” decías, súbete, le buscaba al “fuste” del burro, el equivalente a silla de montar, el apoyo para poner mi pie e impulsarme, me recuerdo haciendo presente lo que había visto en las diferentes películas, y tú observándome con una expresión de agrado y aprobación con una mezcla de ternura, al darte cuenta de mis ensayos y errores; mamá te decía ¡ayúdale viejo, está chiquita!, recuerdo que tenía seis años en los primeros intentos de escalar al “Mocho” y tú sólo te quedabas en silencio, finalmente lo lograba, arañando al burro o como fuera, pero me sentaba sobre él, me sonreías, ponías un sombrero de palma sobre mi cabeza y decías vámonos. Mamá te preguntaba, ¿Se subió? Y tú decías orgullosamente sí, ¿Crees que es tonta? Le contestabas. Yo me sentía realizada de haber logrado lo que me habías indicado y aún más al escuchar a mamá decir “tiene tamaños la guacha”.

Iniciábamos el camino para el potrero que se llamaba “La Magdalena”, nominativo que muchos años después de tu muerte descubrimos en una de las vigas del techo de la casa que se ubicaba en el centro del mismo, hasta entonces me enteré que le habías puesto mi nombre.

El camino era un monumento a la irregularidad, lo mismo atravesábamos arroyos, ríos, y piedras lisas, donde el “Mocho” patinaba y dibujaba sus pasos en las mismas, de ida, cuesta arriba y de regreso obviamente cuesta abajo. El sol de tierra caliente partía piedras, el reto era aguantar el calor y mantenerse arriba del “Mocho”, tú no hablabas durante todo el trayecto, no había manera de quejarse de nada y ¿Te acuerdas del día en que avanzábamos y el aire me tiró el sombrero de palma? Cayó entre los arbustos como a cinco metros a mi derecha, me quedé pensando, “Ahorita se baja mi papá y me da el sombrero”, como iba siempre delante de ti, no te observaba, tú montabas el caballo siempre atrás del “Mocho”, yo esperaba escuchar que te bajaras del caballo, ¡Pero nada!

Voltee a mirarte y tú me observabas impasible, lo cual me dejó claro que no me ibas a resolver el problema por el que estaba pasando, luego entonces me tenía: ¡Que bajar del burro, recoger el sombrero y volverme a subir! Pues lo hice, apachurré el sombrero en mi cabeza, casi me lo quería pegar, porque teniéndolo en la mano, se me complicaba aún más montar a “Mocho”, finalmente lo logré, te miré nuevamente, sonreíste y seguimos el camino.

Vivencias como éstas fueron muchas en los 14 años que te disfruté, pero el monumento al valor me lo gané cuando me indicabas que me pusiera en la entrada de los corrales que hacías para separar a vacas, toros y becerritos. Los toros Cebú los veía del tamaño de la Torre Latinoamericana y no podía dejar que rebasaran la entrada porque te ponía en peligro a ti, dado que si la vaca veía que iba el toro hacia ella, se ponía toda loca y tú estabas justo debajo de ella, extrayéndole la leche que tanto me gustaba.

No te imaginas el pavor que sentía al ver los cuernos de los toros cerca de mí, pero yo les gritaba como si no tuviera miedo y me la creían, aunque todo mi cuerpo temblaba de manera incontrolable, a medida que notaba que se retiraban ante mis gritos, me envalentonaba aún más y ¡Gritaba más fuerte! Tú me volteabas a ver y sonreías.

Al regresar disfrutaba de los premios; leche caliente recién ordeñada con pan de Pancho - el mejor panadero de Bejucos-, y hacer el queso que me encantaba. Al caer la tarde nos poníamos a cantar juntos, tocabas la guitarra y entonábamos algunas canciones. Nos íbamos a dormir muy, pero muy temprano, porque al siguiente día salíamos a las cinco de la mañana.

Como los gallos finos, elegantes, bien cuidados y entrenados siempre en la pelea, necesariamente peleando, porque a pelear se aprende peleando y preservando la vida, para poder iniciar una nueva lucha.

Esa ha sido mi vida, pelear usando muchas armas, las que ustedes me enseñaron y muchas otras incorporadas a lo largo de mi camino, recibidas de otros personajes con los que he tenido la fortuna de coincidir. Uno de ellos fue Memo quien siempre decía “Si tienes un arma, te doy una; si no tienes una, te la quito”.

Madre, tú conociste a Guillermo Rosas Carpio, y quedaste impresionada de toda su sabiduría traducida en hechos concretos que apoyaban a otros seres humanos, aprendí mucho de él, obtuve recursos invaluable para usar elementos de la psicoterapia en todos los aspectos de mi vida. De hecho encontrar a Memo, me salvó la vida, pues como tú lo viviste y sufriste conmigo, él estuvo acompañándome en momentos muy duros, y que gracias a eso salí adelante y fortalecida de las experiencias tan dolorosas que enfrenté.

Continúo en mi trayecto coincidiendo con grandes profesionales y aprendiendo, la última arma que me encontré para continuar mis luchas laborales es muy poderosa.

Eso de mis luchas laborales es sólo un decir, porque para fortuna o para desgracia mía nunca he podido separar lo laboral de lo personal; un ejemplo de esto es cuando me preguntan objetivos mis amigas, tomándonos un café, les contesto, promover el desarrollo de habilidades de los estudiantes en la región donde trabajo, con esta respuesta, ponen cara de desconcierto y la más confianzuda me dice, dijimos personales Magda, a lo que les contesto, ¡Pues son personales! Seguramente por eso no salgo muy seguido a tomar el café con las amigas, pues soy media atípica y mis pláticas probablemente no sean tan interesantes.

Quiero que sepan papá y mamá que hace ocho años conocí a un profesor que se llama Juan Pedro Rosete Valencia, trabajó conmigo relación tutora con base en un texto de estudio: el Soneto Sonetil de Lope de Vega, no saben lo que aprendí y lo que recordé de mi compadre, terapeuta, amigo y cómplice eterno, lo que trabajamos con Memo durante ocho años en psicoterapia es muy importante, y ahora cobra una significación enorme.

Con el profesor Juan Pedro comprendí cómo hacerle para apoyar a profesores y alumnos para aprender y lograr lo que nos indican en la política educativa federal y estatal, formar ciudadanos responsables y comprometidos.

El aprendizaje no sólo tiene que ver con saber y recitar muchas cosas de grandes autores o estudiosos, eso lo aprendí de ti papá, cuando me decías “no vayas a estudiar para taruga mi hija”, y cómo es eso te preguntaba, me contestabas, “...yo he visto últimamente que hay muchos con muchos títulos, pero tienen graves problemas en su vida, soberbios, presumidos, y no son capaces ni de entenderse con su familia, eso no es de sabiduría...”

En todo lo que viví con Memo tú lo sabes madre, comprendí entre muchas cosas, que detrás de la soberbia y la presunción, lo único que existen son grandes temores y angustias para no darnos a conocer como somos: imperfectos y finitos.

A partir de conocer la relación tutora, y de haber sido tutorada y tutorar a maestros y alumnos, siento que mi valor y confianza se ha fortalecido, también me he tranquilizado porque trabajo sistemáticamente con mis profesores y eso me da mucha paz.

La interacción y el diálogo con mis tutorados, me ha permitido darme cuenta de mis errores en lo que les digo y cómo se los digo, detecto claramente cuando invado sus espacios vitales, lo cual es un abuso a partir de la confianza que ellos me brindan y corrijo inmediatamente.

Afortunadamente Memo me entrenó en leer el lenguaje verbal y no verbal del otro, reconociendo el impacto que tienen mis palabras y mis movimientos.

Dialogar con mi tutorado me permite saber cómo piensa, pues a través del diálogo me remito directamente a la estructura y contenido de su pensamiento, y cómo se está acercando al texto de estudio, se transparentan sus procesos de interacción personal, expresándose en la velocidad con la que quiere avanzar, si solicita terminar rápido el proceso o no, el grado de tolerancia a la frustración, ante la solicitud recurrente de volver a escribir a partir de los descubrimientos.

Es impresionante darme cuenta que ante el avance en la relación tutora, existe mayor tranquilidad del tutorado en desarrollar pausadamente el proceso, el tiempo pasa a segundo término, esto es indispensable para promover la formación de seres humanos alejados de la angustia. Nada más y nada menos significa promover la formación de personas que aceptan el proceso, respetando todo el tiempo que sea necesario dedicados a ellos mismos.

Escuchar cómo entienden y qué comprenden, traduciéndolo de cómo estructuran oralmente lo que han leído o los ejercicios que han resuelto, constituye todo un reto, me implica introducirme a escuchar como piensa cada tutorado, lo cual se expresa en qué dice al hablar y cómo lo dice, es decir el tono de voz que usa, esto último es lo que más me informa de lo que está ocurriendo con él o con ella.

El registro de proceso del tutorado es un microscopio para el tutor, en el conocimiento del aprendiz. Revisar pormenorizadamente la estructuración escrita, implica mayor rigurosidad de la que el diálogo permite. Cuestionar cada uno de los planteamientos desde una postura de acompañamiento para fortalecer la confianza y dar lugar a la creatividad promueve planteamientos por escrito que se constituyen en auténticos saltos epistemológicos.

Es maravilloso observar la expresión de mi tutorado y/o tutorada cuando detectan algo que no habían considerado en la apropiación del texto de estudio, se sintetiza la apropiación del concepto, del nivel cognitivo con la emoción de hacerlo consciente, y se muestra en cambios de tono muscular y en sonrisas de satisfacción y sorpresa.

El profesor Juan Pedro, me ha sugerido siempre, escribir antes, escribir durante y escribir después de todos mis procesos, ya sean como tutora o tutorada. Esto me ha permitido ordenarme de una manera desconocida para mí. Escribir me exhibe, como lo que soy, una persona vulnerable y perfectible, me expongo a ser leída por gente que pudiera no importarle mis producciones y por tanto descalificarlos, pero también tengo la oportunidad

de ser retroalimentada por personas que les interese promover mi crecimiento y el suyo propio, pues la interacción personal comprometida fortalece y desarrolla la capacidad afectiva de cualquier sujeto.

Contar con alguien que escuche, lea y retroalimente, es el equivalente a salir del desierto y la soledad y a su vez ser alguien que haga lo mismo, constituye el sentido social del cual presumimos tanto los seres humanos.

Mi compromiso crece día a día de continuar siendo tenaz en tutorar a maestros y alumnos, y lejos de hacerlo por ellos, lo hago por mí y les agradezco infinitamente su disposición y voluntad.

Como los gallos finos papás, siempre, como los gallos finos.